



En Memoria de Jose Schlosser y Eva Schlosser (Q.E.P.D.)

Selección de texto realizada para la "Cadena Fraternal", Página editada con los auspicios de la
Respetable :: Logia :: Simbólica "La Fraternidad n°62" de Tel Aviv, Israel
WWW.CADENAFRATERNAL.COM

Plancha 1293

**A::L::G::D::G::A::D::U::
SALUD - FUERZA - UNION**

V:: M:: y QQ::HH::

“LOS GRADOS SE RECIBEN; LA TRANSFORMACIÓN SE TRABAJA”

Existe una diferencia que, con los años, puede volverse cada vez más importante para un masón: una cosa es haber recibido un grado y otra muy distinta haber permitido que ese grado trabaje dentro de nosotros.

La Masonería posee grados porque propone un recorrido. Cada uno coloca al hombre frente a símbolos, obligaciones, enseñanzas y experiencias que deben ser comprendidas progresivamente. No fueron concebidos simplemente como escalones destinados a colocarnos más arriba que quien viene detrás. En la Masonería simbólica, el tercer grado es el de Maestro Masón. La Gran Logia de Maine, al explicar la relación entre los grados de la Logia y los cuerpos masónicos colaterales, señala expresamente que la Fraternidad no reconoce rango superior al de Maestro Masón.

1 Esto merece reflexión.

Porque existe una tentación muy humana de medir el progreso mediante aquello que podemos contar. Cuántos grados hemos recibido. Cuántos años llevamos. Cuántos cargos hemos ocupado. Cuántos títulos aparecen después de nuestro nombre. Cuántas organizaciones conocemos. Cuánto Ritual podemos recitar. Todo eso puede formar parte legítima de una trayectoria masónica. El problema comienza cuando confundimos trayectoria con transformación. Un grado puede conferirse en una noche. Su enseñanza puede necesitar años. Y algunas de sus lecciones quizá necesiten toda una vida.

El Ritual puede llevar al candidato hasta determinado punto, colocar ante él determinados símbolos y comunicarle determinadas enseñanzas. Pero existe una frontera que ninguna ceremonia puede atravesar por él.

A partir de allí comienza su trabajo. Porque ninguna ceremonia puede volver humilde a quien no quiere examinar su orgullo. Ningún mandil puede hacer justo a quien actúa injustamente. Ningún título puede enseñar tolerancia a quien sólo acepta la opinión que coincide con la suya.

Ninguna joya puede conceder prudencia.
Ningún cargo garantiza sabiduría.

Y ningún grado puede transformar automáticamente el carácter de un hombre. Puede mostrarle un camino. Puede darle herramientas. Puede confrontarlo consigo mismo. Pero después tendrá que trabajar. Aquí aparece, a mi juicio, una de las paradojas más interesantes de nuestra vidamasónica: podemos avanzar exteriormente mientras permanecemos detenidos interiormente.

Podemos conocer más Masonería sin necesariamente conocernos mejor. Podemos aprender palabras y continuar sin aprender a callar. Podemos enseñar fraternidad y seguir siendo incapaces de perdonar. Podemos hablar de tolerancia mientras nos incomoda profundamente que otro Hermano piense diferente. Podemos defender la igualdad sobre el Nivel y, al mismo tiempo, otorgar importancia excesiva a cargos, títulos y precedencias. Podemos hablar de dominar nuestras pasiones mientras continuamos siendo gobernados por ellas. Ahí es donde el grado deja de ser una cuestión ritual y comienza a convertirse en una pregunta personal:

¿Qué ha cambiado realmente en mí desde que lo recibí?

No qué aprendí. No qué memoricé. No qué puedo explicar. ¿Qué cambió?

La pregunta puede resultar incómoda porque obliga a abandonar por un momento todo aquello que los demás pueden ver y entrar en un territorio donde sólo nosotros conocemos la respuesta.

¿Reacciono hoy de la misma manera que reaccionaba antes?

¿Me resulta más fácil reconocer un error?

¿Escucho mejor?

¿Juzgo menos rápidamente?

¿Necesito siempre tener razón?

¿Puedo recibir una crítica sin convertirla inmediatamente en una ofensa?
¿Soy capaz de distinguir entre defender una convicción y defender mi orgullo?
¿He aprendido a disentir sin destruir?
¿Soy más dueño de mí mismo?

Porque quizá allí debería buscarse parte del verdadero progreso iniciático. No necesariamente en cuánto hemos recorrido dentro de la institución, sino en cuánto hemos recorrido dentro de nosotros mismos. Un hombre puede haber pasado por muchas puertas y continuar viviendo exactamente en la misma habitación interior. Y otro puede detenerse durante años ante un solo símbolo y descubrir dentro de él una enseñanza capaz de modificar su conducta.

Por eso la velocidad no necesariamente significa profundidad.

Recibir rápidamente más enseñanzas tampoco garantiza haber comprendido las anteriores. Hay símbolos que primero aprendemos intelectualmente y sólo mucho después comenzamos a comprender existencialmente. La escuadra puede conocerse en segundos. Vivir rectamente puede ocupar una vida.

El nivel puede explicarse en minutos. Aprender a encontrarnos verdaderamente sobre él con otro hombre puede ser mucho más difícil.

La plomada puede definirse con facilidad.

Examinar nuestra propia verticalidad moral cuando hacerlo nos perjudica ya pertenece a otro orden.

Y el mazo puede sostenerse en la mano desde el primer día, pero dirigirlo contra nuestras propias asperezas exige una voluntad que ningún Ritual puede proporcionarnos terminada.

Por eso las herramientas poseen tanta fuerza simbólica.

No hacen el trabajo por nosotros. Esperan nuestra mano. Pero existe todavía otro peligro: comenzar a utilizar las herramientas para trabajar la piedra ajena.

Resulta extraordinariamente fácil descubrir imperfecciones en los demás. Con frecuencia vemos con enorme claridad la piedra bruta del Hermano. Su carácter. Sus errores. Sus contradicciones. Sus ambiciones. Sus debilidades. Y podemos dedicar tanto tiempo a observarlas que olvidamos cuál fue la piedra colocada originalmente bajo nuestra responsabilidad.

La nuestra.

Tal vez una señal de madurez masónica aparezca precisamente cuando dejamos de preguntarnos constantemente cuánto necesita cambiar el otro y comenzamos a preguntarnos cuánto queda todavía por corregir en nosotros. Eso no significa indiferencia ante el error ni silencio frente a aquello que debe señalarse. Una fraternidad seria necesita corrección, responsabilidad y verdad. Pero existe una diferencia profunda entre corregir desde el principio y hacerlo desde la superioridad.

Quien trabaja verdaderamente sobre sí mismo termina descubriendo algo que debería hacerlo más prudente al juzgar: la piedra propia es mucho más compleja de lo que parecía. Y cuanto más profundamente trabaja sobre ella, más imperfecciones descubre. Por eso el verdadero conocimiento masónico debería producir humildad.

Si produce arrogancia, quizá hemos acumulado información, pero todavía no hemos comprendido la enseñanza.

Esto también modifica nuestra manera de entender los grados. El grado deja de ser una meta alcanzada y se convierte en una responsabilidad adquirida.

Porque después de recibirlo comienza una pregunta mucho más seria:

¿qué voy a hacer con él?

Podemos guardarlo como recuerdo. Podemos convertirlo en título. Podemos utilizarlo como señal de pertenencia.

O podemos permitir que continúe interrogándonos. Entonces el Aprendiz nunca desaparece completamente. Aunque hayan pasado muchos años. Aunque ocupemos cargos. Aunque hayamos recibido otros grados. Aunque otros nos consideren experimentados. Porque mientras exista algo en nosotros que necesite ser desbastado, sigue existiendo trabajo de Aprendiz.

Y quizá ésta sea una de las enseñanzas más hermosas de nuestro sistema simbólico: avanzar no significa abandonar lo anterior. Significa comprenderlo desde una profundidad nueva.

El Maestro que cree haber dejado de ser Aprendiz probablemente haya olvidado una parte esencial de su propia condición.

Seguimos aprendiendo. Seguimos corrigiendo. Seguimos descubriendo. Seguimos trabajando. Y esto conduce inevitablemente a una reflexión sobre los cargos. En la vida de una Logia llegará el momento en que algunos Hermanos ocuparán posiciones de responsabilidad. Serán llamados Venerable Maestro, Vigilante, Secretario, Tesorero o recibirán otras responsabilidades y honores. Pero el cargo tampoco transforma al hombre. Lo revela.

Porque ejercer autoridad cuando todos obedecen es relativamente sencillo. Ejercerla con prudencia cuando alguien discrepa es diferente. Hablar de fraternidad cuando existe acuerdo es fácil.

Practicarla durante el conflicto exige trabajo. Defender la tolerancia cuando escuchamos nuestras propias ideas repetidas por otros no tiene demasiado mérito. La tolerancia comienza precisamente cuando aparece aquello que preferiríamos no escuchar. Entonces descubrimos si los principios estaban solamente en nuestro discurso o habían comenzado realmente a penetrar nuestro carácter. Por eso no deberíamos preguntarnos únicamente qué grado posee un Hermano. Quizá exista una pregunta más profunda:

¿cuánto de ese grado vive en él?

Y antes de formularla sobre otro, deberíamos dirigirla hacia nosotros mismos. ¿Cuánto del Aprendiz vive todavía en mi disposición para aprender?

¿Cuánto del Compañero existe en mi deseo de comprender?

¿Cuánto del Maestro se manifiesta realmente en mi conducta?

Las respuestas no aparecen en ningún diploma.

No están bordadas en ningún mandil.

No figuran en ningún registro. Se manifiestan en nuestra manera de vivir. Especialmente cuando nadie está mirando. Porque existe una Masonería visible y otra silenciosa.

La visible ocurre en el Templo. La silenciosa comienza cuando salimos de él. Aparece en nuestra casa. En nuestro trabajo. En la calle. En una discusión. En una injusticia. En una decisión difícil.

En la manera en que tratamos a quien no puede ofrecernos nada.

En aquello que hacemos cuando podríamos actuar incorrectamente sin que nadie llegara a saberlo. Allí no tenemos columnas delante. No escuchamos golpes de malleto. No vestimos mandil. No hay Hermanos observando nuestra conducta.

Y, sin embargo, quizá sea allí donde realmente se comprueba cuánto del trabajo realizado dentro del Templo consiguió salir con nosotros. Entonces podemos comprender la diferencia.

Los grados se reciben.

Existe una ceremonia, una fecha, un momento determinado en que podemos decir que hemos recibido uno. La transformación, en cambio, se trabaja. No posee fecha de terminación.

No entrega certificado. No concede título. Nunca podemos afirmar con absoluta seguridad que está concluida.

Porque mientras exista algo que aprender, algo que corregir o algo que comprender mejor, la piedra continúa sobre el banco de trabajo. Tal vez por eso el verdadero progreso masónico no consista en preguntarnos cuánto hemos avanzado dentro de la Masonería.

Tal vez debamos invertir la pregunta:

¿cuánto ha avanzado la Masonería dentro de nosotros?

Si después de muchos años somos exactamente los mismos hombres que entraron por primera vez buscando la Luz, entonces quizá hayamos recorrido ceremonias, cargos y grados, pero todavía quede pendiente el viaje más importante. El que conduce hacia dentro. Porque al final podremos haber recibido muchos grados. Podremos haber ocupado muchos cargos. Podremos conocer muchas palabras. Pero ninguna de esas cosas podrá sustituir la obra. Y la obra somos nosotros. Los grados se reciben; la transformación se trabaja.

Así lo pienso, así lo sostengo. Y así lo expreso. Muchas gracias. M.:M.: Conrado Milanes

Respetable Logia Luz de America No. 255
La Muy Respetable Gran Logia de Libres
y Aceptados Masones de Florida.

Nota

1. Grand Lodge of Maine, "Chapter IV: Collateral Masonic Bodies," Handbook for Masons, Masonic Grand Lodge of Maine, consultado el 20 de septiembre